



SIETE ENFANTS TERRIBLES ; FEDERICO FLORES + SUSANA ROMANO ; TONI PUIGPICART ; JUANA SORRENTINO + JORGE VILLEGAS ; DIANA AISENBERG

POR EMILIO ROSSI. El redondo onomástico que el Centro Cultural España Córdoba celebró el mes pasado impulsa a repasar algunos aspectos de su modo de hacer, que cosechó elogios y detractores mientras rebasaba las tradiciones, apostando siempre a la novedad para prodigar conocimiento.

El CCEC cumplió 10 años

VIENTO EN LAS VELITAS

15



Una sala para un centenar de personas dejaba dos accesos libres para entretener a los asistentes: neojipis, jaureros, amantes del reggae con o sin dreadlocks, transeúntes ocasionales. Los músicos eran Los Rústicos del Viejo Sueño, una de las bandas más atractivas de fines de los noventas, cultores de un sonido caro al cuarteto y a los sonidos jamaquinos, pero fusionado con vertientes coloridas del cancionero popular latinoamericano y el rock. Los acompañaba Simbad Seguí. Este deejay, Andrés Oddone, Cristóbal Paz, Martín Castro y Facu Carri despuntaban estéticas que resultaban novedosas —y diferentes entre sí— en



la pistas de baile de talante electrónico. Y en aquella oportunidad, a la tardecita.

HACIA DÓNDE

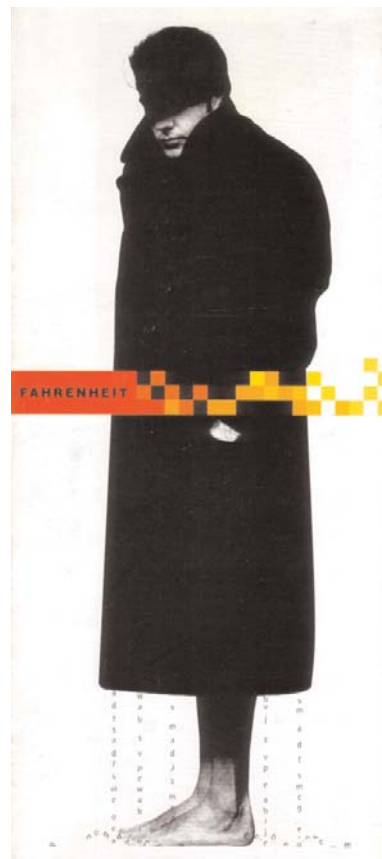
Muchos espectadores se convirtieron en hacedores, o en parte de las ofertas culturales de la vieja casona erigida a metros del casco histórico de la ciudad de Córdoba. Una transmisión efusiva de trabajos en disciplinas diferentes que hasta entonces se rastreaban en la periferia, comenzó a alinear-se en los programas. En una suerte de estímulo a la producción emergente, el CCEC colaboraba con la producción y ejecución de obras que más tarde seguirían en otros

ámbitos, institucionales o no. El Centro emergía como un sitio para actividades de corte novedoso, como un polo de producción cultural con color propio, sin echar mano a la férrea tradición española de la zarzuela y el tablao flamenco.

El tiempo dio lugar a instancias que tuvieron múltiples ediciones: "Ciclo Mú", "Viernes de música"; "Jornadas de Arte Digital"; "Jornadas de Electroacústica"; "Homenaje a Ilustradores e Historietista"; y reversiones de clásicos de la literatura hispanoamericana a cargo de formaciones teatrales del ámbito independiente. Para algunos, el España Córdoba fue también el epicentro moderno, liviano, esnob. Muchas veces debido a un caldo de lecturas ligeras; y otras veces, acertadas.

COOPERACIÓN ASISTIDA

Sus directivos, Daniel Salzano y Pancho Marchiari, crearon un modelo de gestión que sobrevivió a gobiernos de turno, a los recambios institucionales (muchas veces saludables para dar lugar a la implementación de nuevas ideas) y a las vedas de las partidas presupuestarias provenientes de la Madre Patria. Una clave de su modalidad de trabajo fue la inclusión, apuesta y resguardo temporario de artistas y productores jóvenes, encargados de operar con un margen de libertad y respaldo orgánico.



Al promediar 2005, la balanza de los primordiales objetivos de la casa, traducidos en promoción de artistas emergentes y difusión del trabajo realizado en ámbitos autogestionados, se inclinó hacia la instalación estratégica de la gestión cultural, como vástago para la formación de profesionales. En principio se trató de fórmulas europeas de difícil adecuación a la realidad cercana. Pero más tarde las aplicaciones y reformulaciones de algunos referentes con mirada local asentaron las bases para un estudio programático; y la palabra cooperación comenzó a marcar el pulso.

A lo largo de su primera década, el CCEC logró saltar el cerco trendy para inmiscuirse en otras problemáticas relacionadas con aspectos sociales y educativos (que había abordado pero en menor escala), como la basura y el reciclaje, la inserción de las escuelas primarias y secundarias en un approach con el arte, pensar la ciudad que deseamos a través de la mirada de los más chicos o discutir sobre el estado actual de la prensa latinoamericana. Quizás porque la vaca y el toro han decidido tener familia. 🐄🐂

La Casa, Tu Casa, Mi Casa

No recuerdo bien cuando fue la primera vez que fui a España Córdoba. Pero eso me sucede con los lugares que forman parte de mi vida cotidiana, con esos lugares que hago míos. Son espacios que recuerdo con fotos, con sonidos, con olores, fechas que se confunden pero dejan claro el rastro de cada experiencia.

Así fue cuando asistí a un show de Francisco López, que venía a hacernos escuchar el mejor noise. De este modo, todos los que asistimos nos entregamos voluntariamente a que nos vendaran los ojos y a escuchar. Había de todo para sentir, porque había de todo para oír. Fueron casi 90 minutos de imaginación continua, recorriendo mundos interiores a partir de un estímulo bello como eran esos sonidos grabados en la selva de no me acuerdo dónde.

Tiempo después anunciaba el CCEC que venía otro ruidista, Karkowsky. Yo le aconsejé a un amigo que no se perdiera de una experiencia tan introspectiva y sensible. Pero resultó que este era otro tipo de noise, dispuesto a hacernos descubrir el poder del sonido violento y agresivo. Allí aprendí que existían diferentes tipos de ruido, y que una recomendación desinformada puede costar una pelea con el más entrañable amigo.

También asistí a mi primer happening. Lo propuso Dj Trincado, quien nos convidó a tirar pintura sobre vinilos que luego nos llevamos como souvenir. Se veía a la gente jugando, contenta de poder intervenir, sabiendo que además se llevaba un adorno nuevo, pero retro y de propia reproducción.

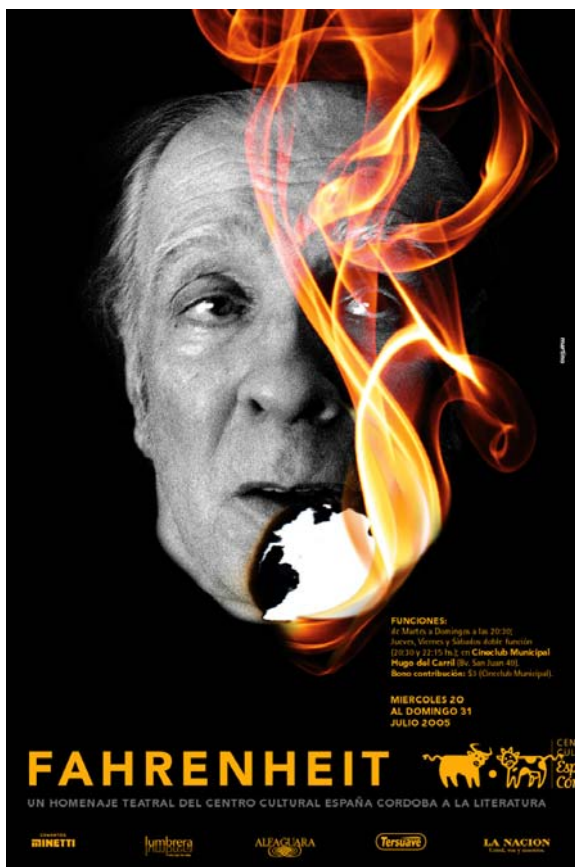
Los dos años en que se hizo la feria Papel de Armar, se congregó gente de editoriales autogestionadas de todo el país. Era una linda oportunidad para conocer qué pensaba el freak que te encontrabas continuamente en la misma casa, y para saber que en todo el país había gente desesperada por escribir, y por leer cosas nuevas y diferentes.

Del mismo modo, el CCEC nos ponía al corriente de los cambios en la música no solo con conciertos, sino también con muestras de videos que en la mayoría de los casos nunca llegarían a MTV, pero que tenían más que ver con nosotros que con Palermo Hollywood o el Hollywood original.

En fin, para muchos el España Córdoba se parecía cada vez más a la casa de un amigo y cada vez menos a un museo en su concepción tradicional. Porque tenía la dinámica del lugar de encuentro, supo dejar de lado lo estanco de paredes atiborradas de cuadros quietos, para mostrar que el arte contemporáneo iba mucho más allá y que tenía mucho que ver con nuestra generación.

Por Mariángeles Zamblera
Área de Comunicación del CCEC

17





La verdad sobre el CCEC

No soy cordobés; tampoco argentino. Aun así, durante los siguientes 2408 caracteres con espacios me permitiré referirme al Centro Cultural España Córdoba (CCEC), como el lugar que ha sabido incorporarse durante sus diez años de existencia al pulso de esta ciudad, aportando nuevas perspectivas al quehacer institucional en ese terreno, no pocas veces embarrado, que de forma deliberadamente difusa llamamos cultura. Pensándolo bien, el hecho de que mi pasaporte diga que soy español tampoco haría más legítimo un comentario mío sobre La Casa Encendida de Madrid. Así que ajustaré este breve comentario a mi experiencia como parte del equipo del CCEC durante los casi dos años que transcurrieron, desde que comencé mi periodo de beca en esta casa. Quisiera, esencialmente, dejar claro el ambiente libre de prejuicios, las dinámicas de participación deliciosamente caóticas y la inequívoca voluntad de búsqueda de correspondencias entre propuestas y realidades (otro terreno fangoso) que encontré trabajando entre las paredes tercamente rosadas del España Córdoba.

Durante este tiempo también tuve oportunidad de escuchar voces disconformes, molestas e incluso hostiles respecto a la labor del CCEC, y a veces más bien sobre su imagen. La divergencia de criterios en torno a lo que debieran ser las prioridades programáticas de una institución abocada a la cultura me parece natural, saludable, inherente al (des)encuentro de subjetividades característico de los terrenos pantanosos que mencionaba arriba: cultura y percepción de realidades. Lo que no deja de sorprenderme, sin embargo, es la obstinación con la que un tipo muy concreto de discurso contrario al CCEC —categórico, inamovible y, en el peor de los casos, delirante por sobredosis de algún derivado de supuesta integridad ética— encuentra cauces de expresión de lo más heterogéneos.

Según he ido entendiendo, los espacios culturales deben situarse exactamente en la orilla opuesta a las concepciones dogmáticas de quienes pretenden decidir por los demás qué es, y qué no es, cultura. Según lo he vivido, esa es la dirección en la que se trabaja (porque se trata de trabajar, sabiendo que el objetivo equivale a la propia búsqueda, cada vez más ajustada, del objetivo) en el CCEC. Pero insisto: tan sólo es mi experiencia. Nada más que un intento de plasmar algunas sensaciones tal y como las viví. La verdad con V mayúscula y a gran tamaño de fuente sigue quedando intacta para quien tenga ganas de esgrimirla.

Por Erik Urbieta, becario del CCEC

DESDE LEJOS

viajan rumores de que existe una terraza en el corazón bohemio de Córdoba, y que en esa terraza uno puede escuchar conversaciones en diferentes idiomas, en lenguas nunca creadas y hasta en dialectos ya desaparecidos. Lo hermoso de esa terraza es que todas estas charlas pueden transformarse en una, y nadie sabe muy bien cómo, pero aquellos que participan siempre comprenden al otro.



Belgrano 783 - Córdoba - cordoba@lanietaelapancha.com.ar
Reservas, tel.: 0351 4681920



La nieta 'e la Pancha
SABORES de CÓRDOBA